

políticos que son todos unos ladrones. No estamos a salvo, pero hemos librado una primera batalla exitosa. Podría haber sido algo peor o podría haberse hegemonizado –como en muchos países de Europa– a la extrema derecha, en contra de los políticos, la democracia y los inmigrantes. En ese contexto, sin embargo, el 15-M cambió elementos fundamentales de nuestra cultura política, hizo intolerables cosas que antes eran normales y que eran percibidas como problemas individuales; se había creado un nuevo umbral de tolerabilidad. Esto empieza a modificar elementos de nuestro sentido común de época. En Podemos –que parte como idea inicial del sector universitario– nos preguntamos: “¿Cómo es posible que haya un 70% de simpatía hacia el 15-M y, a la vez, en el plano político-electoral ganen los mismos?, ¿cómo es posible que esas dos cosas engarzen?”. Y engarzan porque el 15-M opone una frontera diferente, que aglutina a la ciudadanía de un lado, y a los partidos políticos tradicionales y a las élites políticas, del otro. El 15-M no llena esa frontera de carga ideológica, incluso ni siquiera se orienta como una voluntad de poder nueva. Podemos no es la representación del 15-M, no podría serlo, nadie puede ser la representación de un movimiento tan heterogéneo, tan autónomo, con componentes de espontaneidad y que luego se ha ido ramificando en cosas muy diferentes. Lo que Podemos sí es, es una apuesta política que ha leído que mucha gente viene del 15-M, y ha leído algunos de los cambios que el 15-M generó en la conciencia colectiva durante el ciclo de tres años desde que nace en el 2011.

En el contexto de la crítica a las élites partidarias se produjo la sucesión en la monarquía española. ¿Puede encontrarse en la España de la Moncloa una raíz de lo que se está viviendo actualmente? ¿Qué análisis hacen en este marco de la conducta de la socialdemocracia y del PSOE en particular?

IE: En España estamos viviendo una crisis del régimen de 1978. Eso no significa que vaya a ser superado, sino que tiene que cambiar –muy posiblemente por una reforma desde arriba– el conjunto del orden del 78, cuyo antecedente principal son los pactos de la Moncloa del 77. Los consensos que nutrieron a ese país ya no tienen vigencia, ni el modelo de desarrollo, ni el modelo de acuerdo. Hay que recordar que quien ha roto ese pacto social y político no ha sido la gente protestando, han sido las agencias financieras. Quiero decir, asistimos a una ruptura del pacto social a la ofensiva y a una modificación del modelo de Estado en un sentido regresivo, en un sentido



más favorable a las élites políticas y económicas que a la ciudadanía. Con la excusa de la crisis, la destrucción de los tímidos contrapesos sociales o populares en el Estado llevan varios años sufriendo una ofensiva que apunta a modificar el modelo de país. Para nosotros es una ofensiva similar –aunque en condiciones diferentes– a la de Thatcher en Inglaterra, que aspira, no sólo a aplicar medidas de ajuste o distribuir la riqueza en sentido regresivo, sino a modificar el modelo de país y el pacto con el que vivimos; y por eso el ajuste puede triunfar y puede acostumbrar al 20% de los españoles a la pobreza, puede destruir nichos sociales del asociacionismo, del sindicalismo, de las universidades públicas, de los servicios nacionales de educación, de salud o de pensiones o puede modificar nuestro Estado. Por otra parte, la crisis del régimen de 1978 es la crisis del PSOE. Son dos fenómenos que no se explican el uno sin el otro, porque el PSOE ha sido el partido de la integración de los sectores populares y subalternos al orden del 78 y, en un rol en el que supera al Partido Comunista, de la integración a las estructuras modificadas del Estado tras la dictadura. Se pasa de la dictadura a la democracia sin cambiar a nadie, cambiando sólo el escudo de los edificios. También es verdad que para los sectores populares esto no es un engaño ni una compra, claramente hay contraprestaciones: el estado de bienestar más desarrollado que hemos tenido nunca en España, las libertades, la posibilidad de ascenso social y una promesa de que los sacrificios presentes se van a recompensar en las siguientes generaciones. Pero todo eso ha entrado en crisis, porque el partido socialdemócrata ya no es socialdemócrata.

En España asistimos a una ruptura del pacto social y a una modificación del modelo de Estado en un sentido regresivo, en un sentido más favorable a las élites políticas y económicas que a la ciudadanía.

¿Cuál es la nueva mirada que traen procesos como el de Podemos, el de Europa y también el de América Latina, en diálogo crítico con lo que terminó siendo la socialdemocracia, en relación al antagonismo y a la idea de que la política no es solamente un acuerdo de una representación lineal sino que entraña proyectos de país diferentes?

JCM: Nosotros impugnamos lo inimpugnable. Había tanta auto-satisfacción de la democracia en Europa que no se percibían las grietas en el muro. Es verdad que también nosotros, en términos teóricos,



reclamábamos otra lectura de la política. Si no hubiera conflicto no haría falta política. Eso no significa –como se ha criticado a toda esa tradición de pensamiento sobre la política como conflicto que está en Weber, Schmitt, Marx, Maquiavelo y Hobbes– que tengas que estar generando conflicto todo el tiempo. Desde nuestra lectura, empezamos a enfrentar la mentira académica de la idea de consenso, que era funcional para la mentira política de este modelo neoliberal y de este modelo de la democracia representativa. Es decir, había que dinamitar esa idea de consenso que se había convertido en un mantra donde cualquiera que señalase los problemas del sistema se convertía en un antisistema. ¿Qué es politizar? Inyectar conflicto. ¿Y qué es despolitizar? Sacar el conflicto. Al volverse todos los partidos políticos de centro, tenían que quitarle el fuego a todos los conflictos. El funcionamiento de una sociedad desconflictuada deja que bulla por dentro una rabia contenida que en algún momento tiene que estallar de manera espasmódica; tiene que estallar por las costuras, que es lo que pasó con el 15-M.

IE: Ese es el espacio que se abre con la crisis del PSOE y la crisis de la socialdemocracia en Europa; es la crisis que abre la posibilidad de postular que hay alguna diferencia sustancial entre los adversarios electorales por la que merezca la pena votar con pasión.

Nosotros hemos representado la vuelta del pueblo a la política en España, entendiéndolo no como un conjunto predeterminado sino como la reunión posible de un conjunto de gentes que juegan un rol subordinado en el reparto de roles de bienes simbólicos y de bienes materiales en la política española.

La gran diferencia con la matriz de la izquierda es que para nosotros la clase como sujeto no juega un papel central. Existe, pero en un cierto sentido nosotros hemos representado la vuelta del pueblo a la política en España, entendiéndolo no como un conjunto predeterminado sino como la reunión posible de un conjunto de gentes que juegan un rol subordinado en el reparto de roles, de bienes simbólicos y de bienes materiales en la política española. Y en ese sentido la pérdida de centralidad de la clase trabajadora tiene que venir de la mano de la pérdida de centralidad de los proyectos unificadores. Cuando digo que nosotros hemos significado un cierto retorno del pueblo a la política, me refiero a nosotros en términos electorales. El 15-M ya había puesto sobre la mesa que la idea de pueblo era un término que en los procesos de



construcción del Estado Moderno había quedado relegado a un costado frente al concepto de ciudadanía. La gente se identificaba más como ciudadana, arrastrada por cuarenta años de uso del término “pueblo español” por el franquismo. Sin embargo, me parece que nosotros, sin darle centralidad a la clase, proponemos una devolución de las diferencias radicales al centro de la política a partir del retorno de la palabra “pueblo”.

JCM: Hay una idea que es sutil pero que creo que es muy relevante y es que han habido cambios en los últimos cincuenta años. Es decir, tenemos que hablar de la posmodernidad, porque están pasando cosas que ya no las puedes explicar con las categorías tradicionales. Y resulta que hay cambios en los partidos políticos, en los Estados Nacionales y cambios en la economía, y hay cambios en las ideologías, en la familia, en la emancipación de la mujer, en el mundo del trabajo. La diferencia central –y sutil– es que todas estas transformaciones, el *establishment* las interpreta en forma de fin de los conflictos y por eso se pone de moda, primero, el concepto de gobernabilidad y después el de gobernanza. Dos conceptos que implican que ya no hay conflictos y que todo se puede discutir, todo se puede arreglar porque ya se ha renunciado a los conflictos de fondo que son realmente antagonizadores.

¿Cómo se relaciona la acumulación política futura de Podemos con la evolución de la crisis económica? Es decir, si hoy el capitalismo europeo encontrara alguna fórmula, aunque sea provisoria, de estabilización, ¿qué pasaría con Podemos?

JCM: Nosotros somos pesimistas esperanzados. Es decir, no creemos que la última crisis es la definitiva, pues es una mala lectura. Una lectura correcta de Marx es que el capitalismo sale de cada crisis con un abanico menor de respuestas para la siguiente crisis, estrechando su marco de respuestas. Pero llevamos cincuenta años de hegemonía neoliberal, una hegemonía del orden del relato. Y ahora, en sociedades saturadas audiovisualmente, estamos luchando contra el deseo. Es decir, la izquierda se incorpora como trabajadora en el siglo XIX y parte del XX, luego se incorpora como consumidora, y ahora se incorpora como alguien que desea consumir; por tanto, estamos luchando contra un deseo. Más allá del discurso electoral, que tiene que generar emoción y posibilidad de cambio, la lectura es que hay grietas en la pared pero todavía hay mucha pared.



IE: En España hay crisis de régimen, pero no hay crisis de Estado. El Estado sigue funcionando y sigue asegurando certezas para la mayor parte de la población que, aun si está muy mal, tiene muchas razones para confiar en el orden y para compartir el desorden. Por tanto las posibilidades de que todo siga igual son siempre muy altas: la posibilidad de que desde arriba haya algún tipo de recomposición del orden que satisfaga una parte de las demandas que la gente está expresando en la calle y cierta renovación que oxigene el sistema político manteniendo los núcleos duros de poder a salvo de esta irrupción, que viene y va, pero que es insalvable del tiempo de la crisis.

Hay una especie de grieta en su discurso. Ustedes plantean que la promesa del orden y de lo conocido tiene un atractivo. Pero de todos modos hay un crecimiento cualitativo de la expectativa electoral de Podemos. ¿Cómo se concilian ambos fenómenos?

JCM: El 15-M planteó una frase; de repente la gente dijo: “Es verdad que el Emperador está desnudo”. Pero ahí ocurre una cosa muy terrible y es que, si no surge una alternativa, la reacción del Emperador es: “Sí, estoy desnudo, ¿y qué?”. Es un poco donde estamos ahora y el planteo de Podemos es construir esa alternativa. Y cuando surge la alternativa empieza a haber política. Esa es una novedad que proviene de Latinoamérica, donde vuelve a haber política, a aparecer la oposición de dos modelos alternativos, donde uno significa la continuidad, sea en su expresión socialdemócrata o liberal, y el otro es la subversión de esa lógica.

¿Cómo ven la correlación entre la experiencia de Podemos con las experiencias que emergen en otros países de Europa, y particularmente en países del sur muy afectados por la crisis? ¿Hasta dónde se puede establecer una alternativa contrahegemónica de alcance supranacional? ¿Comienza a abrirse paso una agenda programática?

IE: Si quieres te lo expreso en una imagen que yo creo que es muy gráfica: el primer viaje político que hacemos como Podemos, después de los resultados del 25 de mayo, es a Atenas con Syriza, y el segundo es a París con el Front de Gauche. Hay voluntad y hay un avance, pero que



sin embargo es muy lento porque en realidad la esfera política europea no es una esfera política para la ciudadanía. La gente no se identifica a escala europea, no vota pensando en Europa, vota pensando en su país. No hay proceso de identificación a escala europea y no hay instituciones democráticas que puedan ser la plataforma sobre la que se conformen identificaciones o procesos de agregación.

JCM: Todas las fuerzas políticas han hecho una lectura del agotamiento del modelo neoliberal y de la democracia representativa. Tanto el Frente de Izquierda como Syriza hacen una lectura diferente de América Latina, mientras que las fuerzas políticas de la izquierda tradicional la critican con ese adjetivo tan ambiguo y convertido prácticamente en un insulto más que en una categoría analítica, que es el de populismo. La lectura que hacen Syriza, el Frente de Izquierda y otros es que ahí hay una corriente de fondo, que señala algo que también plantean los Indignados: el agotamiento del capitalismo neoliberal, que genera una exclusión brutal, y la ausencia de representación de la democracia representativa. Boaventura de Sousa Santos —un autor al cual yo considero mi maestro— habla de “fascismo social”, señalando que vivimos en sociedades formalmente democráticas pero socialmente fascistas, no en el sentido de la situación de los años 30, sino por la exclusión y la violencia que genera la propia sociedad, por su capacidad de expulsar a los márgenes a muchísima ciudadanía.

La lectura que hacen Syriza, el Frente de Izquierda y otros es que ahí hay una corriente de fondo: el agotamiento del capitalismo neoliberal.

¿Cómo reacciona el *establishment* político-económico frente a la emergencia de Podemos?

IE: Se produjeron dos reacciones, esquizofrénicas y muy virulentas. Por una parte, una ofensiva mediática permanente con acusaciones de todo tipo, hasta nos han acusado de tener vínculos con ETA. También nos han vinculado con Venezuela, implicando que su régimen sintetiza el peor de los peligros del populismo, término que nunca se animan a definir, pero que es usado como sinónimo de “El Mal”, de lo peor de lo que nos puede pasar. Ello sucede porque las élites políticas no pueden referirse a los temas fundamentales de España (corrupción, empleo, vivienda, derecho a la salud) y apuestan al ataque contra Podemos como forma de



excluir estos temas del debate. Por otro lado, desde las elecciones europeas del 25 de mayo todo el mundo tiene que parecer nuevo, diferente. El Partido Socialista elige como principal referente a un hombre del aparato de toda la vida, pero que tiene que parecer nuevo, se tiene que quitar la corbata. En el transcurso de tres o cuatro semanas vertiginosas tras el 25 de mayo, se cae el Rey, y los partidos tradicionales organizan una sucesión acelerada, y empieza toda una operación mediática contándonos que el Rey es joven, que simpatiza con los problemas de una parte de la sociedad. De repente, Mariano Rajoy tiene que hablar de la renovación democrática. El 24 de mayo todo estaba bien en la democracia española; el 25, todo el mundo dice que hay que hacer cambios, pero controlados. Y empieza a haber una aceleración en la que por una parte todo el mundo ataca a Podemos, pero por otra parte todo el mundo tiene que hablar con los términos de Podemos.

Los medios de comunicación tienen que incorporar rápidamente a la gente que expresa algunas de las cosas que se oyen mucho en la calle, en el país real, y nada en los espacios del país oficial. La televisión empieza a admitir a estos sectores y ahí es donde juega un papel crucial Pablo Iglesias, nuestro primer candidato en las elecciones europeas. Un liderazgo que ha sido construido a través de la televisión, que puso en común a gentes que no se conocían y que no compartían espacios

de socialización, y que se reconocieron en un discurso que rebajó considerablemente el nivel de complejidad, simplemente para ponerle voz en la tele a cosas que ya eran un acuerdo generalizado en la calle.

El 24 de mayo todo estaba bien en la democracia española; el 25, todo el mundo dice que hay que hacer cambios, pero controlados. Y empieza a haber una aceleración en la que por una parte todo el mundo ataca a Podemos, pero por otra parte todo el mundo tiene que hablar con los términos de Podemos.

¿Cuál es la amenaza real de Podemos, en términos electorales, que despierta esta reacción virulenta y esquizofrénica en el establishment político y mediático?

IE: Ahora estamos en el 16% de las encuestas, mucho más cerca del PSOE, que está segundo. Esto provoca mucho nerviosismo porque toda la pelea es relegar a Podemos a un lugar simbólico, al extremo izquierdo del escenario político. Mientras que



el principal afluyente de votantes de Podemos –el 32%– proviene del Partido Socialista. Lo fundamental no es que crece el voto tradicional opuesto al orden del 78, es que se crea una noción de ruptura, que dice: “No sé lo que me está contando usted de Venezuela, lo que sé es que no pueden seguir echando a las familias de las casas”, algo que tiene mucho que ver con nuestra apuesta discursiva y narrativa de subvertir la metáfora de izquierda y derecha. Es decir, el problema de este país no es de izquierda-derecha, es el conjunto de la ciudadanía contra eso que hemos llamado “la casta”.

¿Qué lugar ocupan los fenómenos políticos posneoliberales que se dan en Sudamérica en el discurso político de Podemos?

JCM: Nosotros no pensaríamos como pensamos si no fuera por la experiencia latinoamericana. Somos de un país semiperiférico, que es España, hemos estudiado en países centrales, pero después, hemos conocido las delicias de la periferia latinoamericana. Y luego hemos conocido la periferia, en términos de sistema-mundo, lo cual nos permite una mirada más amplia. La experiencia latinoamericana hizo carne cosas que nosotros incorporábamos como académicos en el discurso. Tenemos que entender que el sujeto político ha cambiado. Es evidente que ya no funciona un discurso de clase obrera, sino de crear frentes populares más amplios, por eso vemos el discurso hecho realidad aquí. La necesidad de superar el contínuum izquierda-derecha y la ruptura con la escolástica clásica del izquierdismo aquí igualmente se supera. Aquí también vemos la necesidad de recuperar la pasión como parte de la política, en Europa citando a Spinoza, y aquí directamente haciéndolo. También la resignación frente al modelo neoliberal, aquí rompiéndolo con la gente en la calle y volviéndose a emocionar por la política. Entonces todo eso a nosotros nos da la idea de un Pueblo. Yo por ejemplo ayer estuve como tres horas leyendo sobre el tema de los fondos buitres porque creo que ahí se está esgrimiendo, de alguna manera, nuestro propio futuro. Estáis librando una pelea que directamente apunta a nuestra posibilidad también en España de hacer algo.

IE: Y está habiendo todo un uso conservador en los medios de comunicación del caso de los fondos buitres, diciendo aquí: “Sí, lo que ustedes dicen está muy bien, ¿cómo no estar de acuerdo con eso?, pero es



irrealizable, la prueba es Argentina, van a acabar ustedes como Argentina”. Uno no puede construir soberanía oponiéndose a las élites financieras porque acaba como acaba.

JCM: Entonces fijate, para nosotros América Latina ha sido en esos aspectos un referente pero es necesario señalar dos matices. Primero, es evidente que el error que cometió América Latina importando los modelos europeos aquí no vamos a cometerlo de vuelta. Es absurdo querer trasladar a Europa las soluciones que se ha dado América Latina en virtud de su historia, su estructura social y económica, su tradición constitucional, que son diferentes. Y luego, hay otro elemento que tiene que ver con el reflujo real que están teniendo las experiencias de transformación ahora mismo en América Latina, donde es muy importante que acertemos en entender qué está pasando. En mi interpretación, creo que se está produciendo un reflujo. Se ha desarrollado una década de impulso muy fuerte y tengo la sensación de que ahora se está a la defensiva, y en términos históricos, la defensiva es el paso previo para la derrota. Entonces, o hay un reimpulso o creo que todas estas fisuras que se están produciendo dentro del propio campo popular pueden pasarte factura. Me refiero a la discusión en Venezuela con algunos sectores que estaban con el chavismo y que se han salido; la posibilidad en Argentina de que el peronismo más conservador desplace al peronismo más progresista; la asunción en Ecuador de que el extractivismo es la única salida posible para poder pagar la deuda social. Hay una serie de elementos que los están situando a la defensiva y que nos enfrentan a la siguiente pregunta: ¿en qué medida el éxito en construir la agenda posneoliberal no basta para construir el después? Y en América Latina la agenda posneoliberal ha frenado los excesos del modelo neoliberal, pero llega a callejones sin salida que los enfrentan a un problema que es central en la región, heredado también de España, que son las dificultades de construir una esfera pública virtuosa, es decir, construir el “nosotros” colectivo donde el Estado no sea el espacio de nadie, sino que sea el espacio de todos; y que esa construcción sirva para dar el siguiente paso que es la construcción de un sector público no estatal.

IE: No sólo para Podemos, sino para el conjunto de la gente que no se resignaba a decir que estaba todo terminado, América Latina representa el regreso de la política, de la apertura del horizonte a hacer cosas que no son sólo administración, sino cambios sustanciales en el reparto de las



cartas, y también es la desnaturalización e impugnación de un orden, que en un momento dado parecía ser “el” orden. Por otro lado, para nosotros es lo que nos permite imaginar una mayoría política diferente en España. Es decir, si no hubiéramos conocido de primera mano y estudiado procesos en los que surgieron actores políticos no a partir de su enraizamiento en una fuerza social mayoritaria, sino por su capacidad de articular con sectores muy diferentes una mayoría política nueva, no nos habríamos lanzado. Porque no éramos una fuerza social que se presentaba a elecciones; somos una iniciativa política que no sólo escucha, sino que se propone articular un descontento que está fragmentado. Así que para nosotros el momento de ruptura popular es un momento fundamental para recuperar la esperanza de que se puede. Es verdad que nos da la impresión de que se llega al segundo momento del péndulo, al momento en el que un nuevo equilibrio de fuerzas tiene que ser institucionalizado y convertido en normalidad, en vida cotidiana. Y que eso siempre es más difícil y que además al hacer eso pierdes pasión y al perder pasión pierdes elecciones. En esa parte del reverso del péndulo es difícil mantener las identidades populares muy fuertes, que para eso necesitan un cierto nivel de antagonismo, a la vez que quieres normalizar y reconciliar la comunidad, construir institución y cotidianeidad. ●

Para nosotros el momento de ruptura populares un momento fundamental para recuperar la esperanza de que se puede. Es verdad que nos da la impresión de que en América Latina se llega al segundo momento del péndulo, al momento en el que un nuevo equilibrio de fuerzas tiene que ser institucionalizado. En esa parte del reverso del péndulo es difícil mantener las identidades populares muy fuertes, que para eso necesitan un cierto nivel de antagonismo.





MUNDO

“Latinoamérica se ha convertido en el centro universal de las políticas más progresistas”

Entrevista a **Baltasar Garzón**

Horizontes del Sur dialogó con el juez español y referente global en la lucha por los derechos humanos, Baltasar Garzón. Su mirada sobre los momentos diferentes que atraviesan Europa y América Latina. Las elecciones parlamentarias europeas, la crisis económica y las alternativas políticas en el viejo continente.

Baltasar, nos interesa conocer tu mirada sobre el proceso que atraviesa América Latina, pero desde la perspectiva de la situación política europea, de España en particular. Por ejemplo, los comicios celebrados en mayo último para elegir representantes al Parlamento Europeo, con resultados muy llamativos y nuevas experiencias que comienzan a emerger. ¿Cuál es tu interpretación de este fenómeno?

En Europa todavía estamos bajo los impactos de la crisis. Específicamente en países como Grecia, Portugal y España, sin que todavía aparezcan otros, como Francia e Italia, que están en una situación también delicada. En ese contexto, de alguna forma, se esperaba que las elecciones al Parlamento Europeo respondieran al impacto de las políticas europeas, la austeridad impuesta por Alemania, la exigencia a ultranza de uniformidad política impuesta desde el norte hacia el sur de Europa, con unos rescates bancarios que en algunos casos no estaban justificados y en otros no han servido realmente para superar la desigualdad social; y en el ámbito político, el descrédito de la propia función pública, de la clase política (a mí no me gusta llamarla clase política pero ya es casi

una acuñación). Es decir, las elecciones europeas debían responder a esa frustración real y al desánimo de los ciudadanos. Y lo cierto es que por una parte ha sido así, porque la participación no ha superado el 46%, pero, por otra, ha habido mensajes muy potentes, aparentemente contradictorios. Han aumentado los planteamientos xenófobos y antieuropeos en algunos países como Francia o Gran Bretaña y ha habido un resurgimiento de la izquierda en Italia y en España, una fuerte crítica al sistema político tradicional. Los ciudadanos estamos cansados de determinadas formas de hacer política, en las que prima el interés particular o corporativo por encima del interés común y general de la ciudadanía.

Por ejemplo, en materia de inmigración se ha reproducido una especie de sentimiento xenófobo en gran parte de Europa que ha hecho resurgir a partidos de ideología neonazi, de extrema derecha, hasta el punto de que en Francia ganó las elecciones el Frente Nacional. Curiosamente, en otros países, como Italia, se ha reafirmado la tendencia de centroizquierda. En países como Francia, Alemania, Grecia o Gran Bretaña se ha visto la deformación de las causas de la crisis, pretendiendo hacer responsables de la misma a quienes menos culpa tienen. Pero es cierto que ese falso discurso ha calado en ciertos sectores golpeados por la crisis que, pretendiendo castigar a los políticos tradicionales, ponen en riesgo logros fundamentales en políticas sociales consolidadas que la Unión Europea, rígida en materia de austeridad, no ha sabido defender para salir del desastre económico-social en el que estamos. El problema no son los extranjeros, no son los inmigrantes, sino una política de inmigración caótica y contradictoria que de común solamente tiene el nombre; que es miedosa, dispersadora y que, además, contradice la propia idea integradora de Europa que cada vez es más económica y menos política y social.

En España hemos experimentado otro fenómeno. La situación de crisis ha producido, como apuntaba antes, el rechazo a la forma tradicional de hacer política –la política representativa– y se ha constatado la exigencia de una democracia participativa y de repudio a los partidos tradicionales. Se les ha considerado responsables por su mecánica hueca en la que todo lo controla el “aparato” del partido y no los ciudadanos, que se sienten ajenos y excluidos. Esta disociación entre sociedad y política era evidente, si bien los únicos que no la veían eran los partidos mayoritarios. Se decía: “Bueno, las mareas ciudadanas, los movimientos ciudadanos, las plataformas participativas responden a segmentos de la población inconformistas, jóvenes descontrolados, antisistema, etcétera”. Pensaban que el

